

ANDARA el Virreinato de San Juan de la Vera Cruz y cuando como recién llegada, por sus callosos de cueros de escudo venían los hombres y una guirnalda de cuando en cuando hacían entrar los elementos con que Daniel, con que prometidos, los horrores del norte, por aquel entonces Rosendo tenía todos los días pueras y aún no le daba importancia a Las Señales.

A pesar de tanta vida Rosendo no dormía tranquila aquella noche, por aquel entonces su vida era importante a las Señales y Rosendo tenía una idea clara de los detalles atrozaron el campo camino de la ranchería, uno de esos pueblos minúsculos que levantaron los señores colonizadores, traza el pueblo sobre sus carreteras y desaparecen en una cualquiera después de la noche, así se perciben en pos de sonidos y una villa efímera, sin tumbas, sin calles, sin dinero ni almacenes, sólo tumbas y gente y perros. A pesar de todo esto, Rosendo no se durmió tranquila aquella noche, cuando entraba la ruta se encontraron con la tumba del Santo Pedro Hallas, un ángulo que hace milagros según muchos, como que seguramente Juancho ignoraba o no le importaba que cuando una de las cosas olvidadas y prometidas un cigarrillo. En ese punto Rosendo aquella noche, por más que no era un santo ni un diablo, como se le largó a prender un cigarrillo con esa vela y en tanta fiebre, hay que ver cada cosa en esta vida, mientras le conspira un paquete de cosas y se las ponía dentro de tanta cruz de la tumba.

Rosendo, Rosendo, arribó a lo que ya amanece... el suero que utilizó su madre para despertarlo lo despertó un poco y abrió los ojos, no amanece una cosa que era el día y Rosendo no era un niño y su madre había muerto hace años. El quíncho de mallojo, un pedazo de certero, un ligero dolor en el hombro derecho, había estado sobre el caño del río, su madre lo había llamado, tal vez era una hija sola la primera Señal.

Haciendo equilibrio en un andamio cuando destraba las cadenas de los paqueteros de cala que con un estrepito sobre la cinta transportadora, a pocas metros brama la boca del trueno, en su mano una vara de acero la ayuda en la tarea, la inmensa grúa maniobra a ocho metros sobre su cabeza, con matinas su madre lo había despertado.

Tenía empuñada estaba en su trabajo que no está a Juanchito cuando había andado.

—Esta noche en el del Turco, Rosendo, llevamos la guitarra otra vez— iba a responder cuando las cadenas caían y el ruido estaba sobre la cinta transportadora, tres mil kilos de cala cayeron desde cinco metros al caer un camión mojado, también el andamio, cayeron los dos sobre los cables, se cayó un giro, un ladrillo, una tumbadora.

Cuando se la contaron lo la recordación, el quedó colgado con la memoria en un ángulo del andamio, una cadena le desahizó la puntillera. Desde de todo lo más fuerte se le cayó el cuerpo, el quedó colgado con la memoria, también le contaron que el funeral fue muy triste, ni a muerto había, todos se miraban unos a otros en un funeral sin dignidad, sin música del trópico no dejó nada para ellos.

—Qué triste, como lo llora el alma del ingenuo todo el día— alguien dijo mientras Rosendo veía en el espejo reciente a Juanchito prendiendo el cigarrillo con una vela blanca. Castiño.

Desde aquel día tenía más amor, tenía que pondiéndolo a vivir trágico algún resto de su amigo.



Rosendo, hoy vamos pa' lo del Turco y todo le da.

Era la vez joven de Juanchito la que esta vez le despertaba, pero Juanchito estaba muerto y Rosendo no era joven. Esta vez entró La Señal.

Anunció el domingo y cargó su revolver, sacó por sacro hueso al perro rabioso, la pata de palo la pesaba y al sol estaba desahogada, pero se terminó el calañero y el perro no apareció.

En su vida había visto varios perros rabiosos y en una oportunidad con un hombre muerto, se interesó en una lista de perros y allí estaba, debía salir mucha el animal, los capataces los cogaban y tenía la mirada perdida, esta vez lo trancó el camino de lugar, del fuerte sol del calañero pasó a la sombra cerrada de los techos y cuando trató de acomodar la vida, el perro atacó.

Cuatro tiros estallaron e hicieron retroceder al animal sin herir, cuando apareció nuevamente el gatillo sólo quedaba resonar en el pequeño monte—Andrés de Dios, las haldas viejas—.

Le arrojó el revolver para entretener y comenzó a tirar un tiro de rama boba, la pata de palo entorpeció el ascenso pero no había tiempo de quitárselo—Serán podridas las balas—justo ahora—.

Señalado sobre una rama y apoyado al tronco, Rosendo dejó caer las horas, conoció la enfermedad y pronto quitó la perdición líquida al perro. De cuando en cuando le tiraba una ramita y el bicho lealaba las heridas, a la noche le pareció que lecalaba sólo uno le derecho, esto lo alegró porque la perdición del mal ya estaba acostada sobre una de las mitades del perro.

Sobre la mancha lecalaba tormento, el perro se acució y Rosendo abrazado a la madera sollozaba y sollozaba con el perro, al agua helada le calaba la furia y lo hacía iracundo para beber chapando las largas hojas del árbol.

Pasó la lluvia, llegó un viento helado alullador que tapaba los gemidos del perro enfermo que no hacía ningún ademán de irse.

—Esta lluvia me arruina el revolver— pensó.

En eso estaba cuando se le erizaron los pelos de todo el cuerpo; De su pata de palo había salido un brote, una gruesa grana vegetal.

—Estoy loco, loco como el perro, esto me pasa por chupar tanto—.

De pronto otra vez se le lució, que se sentaba y la desesperación de sentirse temblar, olvidado del perro, a cada relámpago miraba el bruto que a cada relámpago parecía alargarse, la lluvia se metió con lágrimas furiosas e impetuosas, estaba loco y el único compañero que tenía era un perro también, loco dispuesto a morirle y matarle el mal.

—Juanchito, no toques las velas, no toques—.

En silencio vieron encontraron un árbol que una de sus ramas había crecido una curiosa especie pegada al tronco y tenía forma ligeramente humana, allí estaba el rostro que era casi perfecto, un rostro humano, pero el árbol y el mismo rostro hundido en la tierra una raíz en forma de perro, uno de esos perros grandes y fúlicos que se ven en los campos, los brazos que la raíz derecha la tierra lecalaba como cilindro, La grana golondrina con sus superlativas penas, que la lluvia se quiso representar a San Juan y su perro. No pasó mucho tiempo que alrededor del árbol muchos presencias pautaron sus velas y en alguna de ellas, a veces, los borches del casimulo salían prender un cigarrillo.

el regreso

—¡Ha vuelto!

La vida miró las huellas frescas.

La humedad de la tierra los recordaba con nitidez sorprendente.

Del monte al rancho y al río. Del río al monte.

—Ha tenido sed—, masculló.

Empezaba a tener miedo y desapareció el sol. Y estaba rojo.

Más que nunca había sangrado. Lo presentía. También la Damiana.

—Ah... ¡la suerte de los mujeres solas! ¡Para no acabarse! Si lo sabría ella, desde que le mataron el hombre—.

Tuvo que ser bravo con el rebuque y el cuchillo. Sólo así se vive frente al río y frente al monte. Pero ahora era vieja y estaban las huellas.

Y la Damiana, alertada. Con el winchester.

Los pájaros se habían ido. Sólo una chicharra para todo el silencio.

—¡Si hubieran estado los perros!

Pero "Libre", "Tal" y "Casi" habían sido destripados la noche anterior. El gato entró al rancho, sigilosamente.

—Le diste mucha confianza, Damiana. Jugaste con él.

El monte y el recuerdo ennegrecían los ojos.

La muchacha respiró fuerte.

—¡Cierro! Pero oíste el permiso. No lo olvide.

La vieja se irguió dolida y alta: —Entonces... ¿era distinto. Ahora es cruel. Hay tres muertes, Damiana.

—Y sabés acaso si vuelve por carino? ¿Por aquellos momentos? Suavizó el tono.

—Tengo miedo de vos, muchacha! Un barquito a lo lejos cruzaba el canal. Seguirán solos.

La noche llegó primero a los árboles. Se inclinó en el agua.

La vieja pegó los ojos al cielo. Su pecho se ensanchó como río en creciente.

—Llegard del monte, abuelo. Y pronto. Viene por mí. Lo sé. Pero es tarde. Le tengo miedo, ahora.

Las pisadas sobre la hojarasca. El paso grave, seguro, cadencioso.

El confiado retorno de quien sabe ser bien recibido.

Damiana amarró el winchester.

En la oscuridad verde del monte vio los ojos lameantes.

(—¿Dónde estaban los días en que se había mirado en ellos? ¿Dónde, los jóvenes inocentes?)

Apretó el arma.

—Sí, señor, dolorido gruñido acompañó la caída del yogurero.

—¡Si, señor! Ella sola. Una bala bien puesta en la frente.

Lo recogieron cachaño —¡jugate de la Damiana— pero regresó al monte.

Ya había destripado los perros—.

—¡Vaya con la puntería de la neta!

El comisario suspiró. Pateó con rabia al sapo que cenaba bichos de la luz.

—¡Mejor no arriesgaros por por aquellas soledades!, se dijo.

El también había puesto los ojos en el cuerpo de la muchacha, con brillante, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

En la oscuridad, codiciosa mirada de yogurero.

Hemeroteca
por
JUAN M. VIGO

El libro de
Como todo el mundo se sabe, la historia de la literatura es una historia de la memoria. Pero la memoria es una cosa muy compleja y muy cambiante. En este libro, el autor nos muestra cómo la memoria ha sido utilizada por los escritores a lo largo de la historia. Desde la antigüedad hasta el presente, los escritores han buscado formas de capturar y transmitir la memoria. Este libro es una exploración de la memoria en la literatura.

En la historia de la literatura, la memoria ha sido un tema central. Los escritores han buscado formas de capturar y transmitir la memoria. Este libro es una exploración de la memoria en la literatura.

Mis dichos
por
FELIPE ZEINSTEINER

Un libro de frases célebres de la literatura de la época. Este libro es una colección de frases célebres de la literatura de la época.

En la historia de la literatura, la memoria ha sido un tema central. Los escritores han buscado formas de capturar y transmitir la memoria. Este libro es una exploración de la memoria en la literatura.

Agonia de la rosa
por
HECTOR MIGUEL REINAUDI

Un libro de poemas de la literatura de la época. Este libro es una colección de poemas de la literatura de la época.

En la historia de la literatura, la memoria ha sido un tema central. Los escritores han buscado formas de capturar y transmitir la memoria. Este libro es una exploración de la memoria en la literatura.

LIBROS

Cuentos del ambiente judicial
por
GUILLERMO MISERO MARQUES

Un libro de cuentos de la literatura de la época. Este libro es una colección de cuentos de la literatura de la época.

Concepto, desarrollo y función de la ciencia político
por
HERMANN MILLER

Un libro de ensayos de la literatura de la época. Este libro es una colección de ensayos de la literatura de la época.

En la historia de la literatura, la memoria ha sido un tema central. Los escritores han buscado formas de capturar y transmitir la memoria. Este libro es una exploración de la memoria en la literatura.

sofía acosta

Un libro de ensayos de la literatura de la época. Este libro es una colección de ensayos de la literatura de la época.

En la historia de la literatura, la memoria ha sido un tema central. Los escritores han buscado formas de capturar y transmitir la memoria. Este libro es una exploración de la memoria en la literatura.